

ENTREVISTA con Miguel Àngel Riera

“Mi «Illa Flaubert» es la crónica de una rebelión contra la muerte, desde la soledad”

P E R F I L



Un escritor que debutó tarde, pero con firmeza

■ Nacido en Manacor en 1930, Miguel Àngel Riera ha cultivado la poesía —Edicions 62 reunió en 1985 su tercera completa en el volumen “Tots els poemes (1957-1981)”— y la narrativa. Su primera novela fue “Fruita i martiri de Sant Andreu Mita”, publicada cuando el autor contaba 43 años, a la que siguieron “Mortir quan cal”, “Premi Sant Jordi, 1975, Premi Crítica Serra d’Or”, “L’endemà de mar”, y “Panorama amb dona”, “Els déus inaccesibles” y el volumen de relatos “La rara anatomia dels contalles”. Aunque no vive de la literatura (fregaba una gestoría, se plantea la creación literaria como un acto de

extrema responsabilidad y es riguroso y autoexigente con su trabajo, lo que le lleva a reelaborar muchos sus libros antes de darlos por buenos.

“Illa Flaubert” estaba terminada hace más de un año. A propósito de esta novela, el escritor explicaba en septiembre de 1988 a “La Vanguardia” que “me interesaba llevar a un extremo exagerado el tema, presentarse en otras novelas más, de un ser estudiado en solitario con un trasfondo humano. Pensaba en la posibilidad de situar un personaje en una isla solitaria y ver qué sucede cuando se da esta situación existencial”.

humano visio desde todos los ángulos. Y aunque lo propio de la novela psicológica es el ritmo lento, en este caso concreto no es así, porque sin perder de vista el objetivo, que es analizar la psicología de un ser humano, la novela está llena de anécdotas. Hasta el punto que la obra podría complacer al tipo de lector que guste de la peregrina: Hay, por tanto, una dualidad, la innovatividad de la novela psicológica y la verosimilitud de aceptar un ritmo anecdótico.

—¿Hay acción? —Si. El protagonista es el hijo único de una familia acomodada de un pueblo, seguramente de Mallorca. Pero empieza a sentirse mal instalado en su entorno social, y obsesionado por encontrarse a sí mismo y, sobre todo, por huir de la presencia de la muerte, que hace estragos a su alrededor. En definitiva, trata de huir de sí mismo, y recalca en un pueblo marítimo, donde intenta convivir en una celda humana de un status social y cultural distinto al suyo. El ulterior fracaso le llevará a vivir solo en una isla situada en el horizonte de este pueblo. Allí estará decidida a afrontar lo que sea para salvarse de todo lo que le disgusta.

—El aislamiento de su personaje ¿tiene algo que ver con su propio modo de vivir, voluntariamente apartado de la vida social y de los circuitos literarios? —Es posible. Porque no quiero escribir algo que tenga que imaginar. Quiero escribir cosas que me resulten muy próximas. De hecho, mis libros están llenos de sustancia personal mía, de reacciones mías. Por ejemplo, también a mí me obsesiona el tema de la muerte e intento huir de ella.

—Thomas Mann era la referencia clara en “Els déus inaccesibles”, ¿es Flaubert también un referente? —Flaubert es el hilo literario del protagonista, un profesor de literatura que lo considera su autor preferido, tanto por el resultado de su

“Flaubert es el hilo literario del protagonista, un profesor de literatura que lo considera su autor preferido”

obra como por su actitud frente al fenómeno creativo. Y por ello la obra es también un homenaje al autor de “Madame Bovary”. Flaubert trata la obra que dejó no es muy extensa. Esta es una actitud que admito e intento seguir. Siempre digo que soy partidario de no escribir muchos libros, sino de escribir muchos unos pocos libros. Además de la voluntad de homenaje, hay también en la obra una anécdota que justifica el nombre de Flaubert.

—¿Hay puntos de contacto entre su obra y el libro de Julian Barnes “El loro de Flaubert”?

—No, porque no lo he leído aún. Y no he querido hacerlo precisamente para evitar que pudiera influirme. De hecho, esperé a leerlo hasta que se haya publicado mi novela. —¿Tiene su obra un tono pesimista, negativo?

—Es una obra abierta a muchas interpretaciones. Tiene un bonito final, que deja al lector pensativo.

—¿Usted dice siempre que a una novela no le basta un argumento sino que ha de contener ideas. ¿Qué filosofía contiene esta obra?

—Es la situación existencial de un ser humano, y la injusticia de que lo que más le gusta, la vida, tenga que tener un final. Es su actitud de rebelión contra la muerte.

—Una tónica en sus libros es la falta casi total de diálogos. ¿Se repite también aquí?

—Absolutamente. Incluso hay muchos menos que en otras obras. El diálogo, o bien debe conducirse por un nivel que refleje la realidad, lo que se habla cotidianamente (y, en este caso, es muy bajo y no aporta nada a la línea de avance del texto literario, sirviendo sólo para dar sensación de naturalidad al texto), o bien hay que copiar por la solución opuesta: el diálogo estilo Proust, pero nadie habla así en realidad.

—Por otro lado, pienso que un narrador cuando se pone a contar una historia parte de una complicidad con el lector: él, el narrador, sabe una historia que ha sucedido en un momento determinado, y la cuenta.

—Pero, aunque sea un gran conocedor de esta historia, nunca está en rigor justificado que pueda llegar a conocer cómo se desarrolló un diálogo banal como el que puede mantenerse en una mesa de café. Y el escritor que lo reproduce realiza un gran engaño. Las obras que son todo diálogo me parecen horrosas: quieren ser tan naturales que pierden falsas.

—Ha declarado alguna vez que su autoexigencia a la hora de escribir debe llegar hasta la crueldad...

—Sí, y lo digo en dos sentidos. Cuando uno tiene la tentación de dar por acabada una línea de esfuerzo, ha de saber reaccionar cruelmente exigiéndose volver a empezar, pensando en que un libro es algo muy importante que se ha de integrar dentro de un mundo imponentísimo (en mi caso, la cultura catalana, algo que respeto mucho), y que ha de llegar a manos de un ser humano que, renunciando a otras actividades vitales, ha elegido precisamente leer tu libro.

—Si todos piensan como usted, aumentaría la calidad media de buena parte de lo que se publica...

—Lo que ocurre es que muchos quieren vincular la creación literaria con las ganancias económicas, y eso les obliga a trabajar con prisas y, en consecuencia, a bajar el nivel. Los clásicos ya decían: “El tiempo no perdona lo que se hace sin él”.

—¿Usted crea su obra literaria huyendo de las modas...

—No es que huya de ellas, es que no las tengo en cuenta. Yo tengo una idea clara de lo que quiero hacer. Si es válido, automáticamente se convierte en moda.

—¿Por qué un autor consagrado como usted ha concurrido al premio?

—Me he presentado porque sé que mi obra es minoritaria y pensé que la promoción eventual que conlleva el éxito en el certamen podría ser a la vez una promoción para todo el resto de mi obra.

La versión castellana de “Els déus inaccesibles” aparecerá este año publicada por la editorial Alfaguara. Por su parte, Destino ha comprado los derechos (que posca Montador) para traducir al castellano todos los libros de Miguel Àngel Riera, aparecidos hasta ahora en Edicions 62. ●

ROSA MARIA PIÑOL

Miguel Àngel Riera ganó ayer el premio Josep Pla con su novela “Illa Flaubert”, la historia de un hijo de familia acomodada que se rebela contra su entorno en un lugar que podría ser Mallorca, y que el propio autor define como “la crónica de una rebelión contra la muerte, desde la soledad”.

Aunque tenía ya cuatro novelas a sus espaldas —una de las cuales, “Mortir quan cal”, le había reportado en 1973 el premio Sant Jordi— la consolidación de Miguel Àngel Riera en el panorama de las letras catalanas no se produjo hasta 1987, como consecuencia de la publicación de su libro “Els déus inaccesibles”, unánimemente celebrado por críticos y público. La obra, que relata la sustracción del ser humano ante la belleza personalizada en un adolescente, se llevó todos los premios catalanes de la crítica y consagró definitivamente el nombre del escritor mallorquín.

En “Illa Flaubert” la novela que le ha valido el premio Josep Pla, Riera retoma su tema preferido: el análisis psicológico del individuo enfrentado al “oficio” de vivir.

—Parece que su novela estudia la situación y reacciones de un hombre en una isla desierta. ¿Podría calificarse de psicológica?

—Hay que encajarla, en efecto, en el subgénero de la novela psicológica, que es el que más me gusta. Analizo la psicología de un único personaje, procurando que esta tarea no se entorpezca con la presencia de personajes secundarios, ya que me interesa que quede en relieve un ser